

Palabra clave: *Opernball*

Reconstrucción de los hechos: a principios de 1913, dos cartas que habían llegado a un apartado del edificio central de correos de Viena fueron consideradas sospechosas, se confiscaron y abrieron. Sobre el anverso de los sobres había sido escrita una contraseña enigmática, *Opernball 13*, y el nombre del destinatario, un tal Nikon Nizetas. En el reverso podía comprobarse que las misivas habían sido expedidas desde Eydtkhunen, un lugar en la frontera entre Alemania y Rusia, pero no constaba nombre propio alguno. Contenían dos billetes austriacos, uno de seis mil y otro de ocho mil coronas. Las suspiencias eran justificadas, ya que sumas semejantes no son enviadas comúnmente para ser recogidas a lista de correos ni sus remitentes permanecen anónimos si quieren que eventualmente el dinero les sea devuelto. Puesto que venía de Rusia, potencia con quien Austria-Hungría sostenía ya una sorda contienda político-diplomática, era factible suponer que se trataba de dinero sucio, para pagar sobornos o incluso para realizar labores de espionaje. De tal modo, la policía política de Estado (el servicio secreto) se hizo cargo del caso. Mediante un hábil artilugio, los agentes Ebinger y Steidl colocaron un timbre eléctrico que se accionaba al abrir la ventanilla del apartado y que los pondría sobre aviso en su puesto de vigilancia de la habitación adyacente en el palacio postal.

Los días y las semanas pasaron. Tanto los responsables de la operación de vigilancia en el ministerio de defensa como los empleados de correos fueron y vinieron. Pero nadie recogía los sobres.

El domingo 24 de mayo de 1913 la así llamada ciudad interior de Viena descansaba del ajetreo de la semana, la plenitud de la primavera se reflejaba en las cúpulas de las iglesias, en el rostro de los escasos transeúntes, en el aire despejado de las plazas, en los tenues colores de los palacios. Poco antes de que el correo central cerrara sus oficinas, el sonido del timbre estremeció la calma de los agentes secretos. Cuando llegaron al mostrador de los apartados, el destinatario había salido del palacio postal. En la calle todavía alcanzaron a verlo abordar un taxi. De cualquier modo, no les servía de mucho identificar el número de placas; ellos no tenían coche. Estupefactos —más bien furiosos— los dos detectives apenas consiguieron calcular cuál podía ser su siguiente movimiento. Debían buscar al chofer, conseguir una descripción del pasajero y el nombre del lugar a donde había sido transportado. Mientras intentaban reaccionar, el azar operó a su favor. El coche de alquiler pasó frente a ellos de nuevo. Después de detenerlo, interrogaron precipitadamente a su conductor. El cliente que había abordado frente al correo le pidió que lo llevara hasta el café Kaiserhof, a donde se dirigieron inmediatamente en el mismo taxi. En su interior hallaron el estuche de una navaja, una funda de tela verde. Ninguna persona parecida a la descrita por el chofer estaba en el café. A Ebinger y Steidl no se les ocurrió otra cosa que dirigirse al sitio de taxis más cercano. El único que pudo darles noticia del sospechoso fue el mozo del lugar, quien había alcanzado a oír que el caballero ordenaba que lo condujeran hasta el hotel Klomser. El portero de aquel lugar les informó que sólo dos personas habían arribado recientemente, una pareja de comerciantes búlgaros. Aunque,

pensándolo bien, quince minutos atrás había llegado también un tercero, un militar vestido de civil que era habitual de esas habitaciones: el coronel Alfred Redl.²¹

Al oír el apellido Redl el agente Ebinger rió de buena gana. El mentado coronel era jefe del Estado Mayor de la compañía del ejército real e imperial estacionada en Praga. Se trataba de uno de los oficiales más célebres y condecorados del imperio, incluso era aludido como candidato para dirigir el ministerio de guerra. Que estuviera alojado en el mismo lugar que un sospechoso tan huacado resultaba una coincidencia irónica.

Mientras Ebinger telefonaba con el director de la policía para pedirle instrucciones y consultarle si debía informar al coronel de la posible presencia de un elemento enemigo en su cercanía, el agente Steidl le tendió el estuche al recepcionista y pidió preguntara a los clientes recién llegados si lo habían extraviado. Unos minutos más tarde, Redl, ya en uniforme, bajó las escaleras principales del hotel y se dirigió al mostrador de la entrada. Cuando le enseñaron la funda de su navaja, impulsivamente la tomó y guardó en el bolsillo. Empezaba a preguntarle al recepcionista dónde la había encontrado cuando un fulgor iluminó su memoria: con la navaja había abierto los dos sobres en el taxi mientras iba del palacio postal hacia el Kaiserhof. El coronel volteó con discreción a todas partes. Agobiado, se percató de un hombre que hojeaba en el libro de huéspedes del Klomser; le resultaba familiar. Pálido como un muerto (él mismo se sintió en ese momento un muerto), se marchó con sigilo y premura del hotel. Al voltear para ver si era acosado, se dio cuenta de que dos hombres habían salido

²¹ Para todo el relato sobre el caso Redl sigo la crónica de Egon Erwin Kisch, "Wie ich erfuhr, das Redl ein Spion war" (Cómo me enteré de que Redl era un espía) en *Marktplatz der Sensationen*, pp. 241-260.

inmediatamente del restaurant contiguo. Se apresuró para llegar a la esquina. Cuando los agentes llegaron hasta ese punto, Redl no se veía por ninguna parte.

Mientras tanto, obedeciendo la orden de los policías secretos, el portero del hotel telefonó a su jefatura y ésta a su vez a la oficina de registro del Estado Mayor del ejército. El coronel Urbanski von Ostromiesz fue la primera autoridad militar en enterarse de que el sospechoso de espionaje no era otro que Redl, lo que significaba, de ser cierto, una severa crisis de seguridad para la monarquía. Aturdido y desesperado, el alto mando instruyó a uno de sus asistentes para que corroborara semejante especie. En la oficina central de correos se encontró la única evidencia inculpatoria real: la ficha donde el destinatario de las cartas había escrito la contraseña para recogerlas. Con ese papel en su poder, Von Ostromiesz hizo revisar los archivos de la instancia a su cargo para hacer una investigación caligráfica. Allí encontraron, en versión manuscrita, las "Instrucciones para la contratación y examen de espías, elaboradas por Alfred Redl, capitán real e imperial en el Estado Mayor"; el "Esquema para la adquisición de material de espionaje"; las "Normas para el encubrimiento de espías en el interior y en el extranjero" y un voluminoso fajo de "Actas de los años 1900 a 1905". Al comparar la escritura de estos documentos con las palabras y los números *Opernball 13* escritos sobre la papeleta del servicio postal no quedó ninguna duda de que Redl había sido el beneficiario de las entregas de pagos clandestinos enviados desde Rusia.

Durante su persecución, Ebinger y Steidl por fin avistaron en un pasaje al coronel Redl, quien intentó entretenerlos con un viejo truco: comenzó a romper papeles a toda velocidad y los fue dejando caer mientras seguía huyendo. Los agentes no picaron el anzuelo y cuando Redl abordó un taxi, ellos hicieron lo propio en

otro coche y lo fueron escoltando lentamente a distancia hasta que vieron cuál era su destino final: el hotel Klomser. Sólo entonces regresó Steidl para recoger los papeles estrujados y rotos por el sospechoso para llevarlos a la policía.

El rompecabezas que se armó con ellos en la oficina de registro del Estado Mayor reveló la inquietante presencia de un involucrado más. Los trocitos de papel daban cuenta de remisiones de dinero y de confirmaciones postales enviadas a un teniente de Ulanos en Stockerau, así como cartas despachadas a Bruselas, Varsovia y Lausana. Como se averiguó más tarde, el apuesto teniente de Ulanos Stefan Hromadka había sido amante de Redl, y la dirección en Lausana era la de una casa de seguridad de la central italiana de espionaje. El dinero recogido por el coronel del Estado Mayor praguense habría servido, entre otras cosas, para comprarle un coche a su joven pareja.

La combinación entre homosexualidad y alta traición dentro del ejército real e imperial resultaba una amalgama de agravantes letal, explosiva. A Redl no podía aprehenderse de forma oficial para iniciar el proceso que condujera a una corte marcial ni dejar que fuera arrestado por la policía como un delincuente común. Tampoco podía hacerse público el caso, pues significaba poner en evidencia a todo el aparato de inteligencia del imperio. Mucho menos era pertinente informar al heredero al trono, Francisco Fernando, de que uno de los más "fieles" servidores a su majestad el emperador Francisco José había filtrado información estratégica de primera mano a los servicios secretos de Rusia, Serbia, Italia y Francia. Era preciso, y así lo acordaron el coronel Von Ostromiecz y el "jefe de jefes", el Comandante Supremo del Estado Mayor general Conrad von Hötzendorf, que Redl se suicidara con absoluta discreción y a la mayor velocidad posible.

Una parte fundamental –sino es que la decisiva– de la popularidad de Egon Erwin Kisch en su época radica en haber sido el primero que informó y documentó ante la opinión pública europea los detalles del caso Redl. De tal modo, su actuación habría sido la de un practicante del ahora llamado periodismo de investigación, que se impuso la tarea de desenmascarar los procedimientos de la seguridad militar del imperio austrohúngaro, un aparato que se consideraba medular para el funcionamiento del edificio monárquico. Vale decir: al informar sobre este caso tan espectacular, Kisch se convirtió, de una u otra manera, en uno de los más acreditados defensores de las libertades públicas, sobre todo del derecho a la información.

El caso Redl ha proporcionado materia suficiente para crónicas, relatos, piezas dramáticas y películas. Tan sólo el propio Kisch escribió acerca de ello en por lo menos siete ocasiones distintas, con textos de diferente inspiración y aliento.²² Una curiosa versión teatral del asunto fue incluso representada en México en 1945 para celebrar el sexuagésimo aniversario del reportero. En el reparto, que interpretó la adaptación una sola vez, figuraron Bruno Frei –el mejor conocedor del ghetto judío vienés y amigo cercano de Joseph Roth– como el coronel Redl y Ludwig Renn como el general Von Hötzenndorf. También participaron el periodista Leo Katz y su hijo, el aún adolescente Friedrich Katz.²³

Filmada por primera vez en 1930 por Karel Anton, la historia conoció otras adaptaciones cinematográficas en 1955

²² La primera vez que Kisch publicó algo acerca del caso Redl fue en el periódico praguense *Bohemia*, el 26 de mayo de 1913: un reportaje en la versión matutina del diario con el título "Selbstmord des Generalstabschefs Redl" (Suicidio del jefe de Estado Mayor Redl).

²³ Cfr. Marcus Patka, *Egon Erwin Kisch. Stationen im Leben eines streitbaren Autors*, Böblau Verlag, Viena, 1997, p. 33.

(debida a Franz Antel y con célebres actores de la posguerra como Attila Hörbiger y Oskar Werner) y 1984. Esta última es la más recordada en nuestros días. Dirigida por el realizador húngaro István Szabó y con el primer actor austriaco Karl Maria Brandauer en el papel protagónico, *El coronel Redl* es una cinta épica que, a un tiempo, informa con puntualidad histórica acerca de los primeros días del derrumbe de la monarquía dual (de hecho, la película termina con el atentado contra el emperador Francisco Fernando en Sarajevo) y explora algunas de las laderas míticas y "controversiales" del caso (la homosexualidad del coronel, sus relaciones sociales, la serie de componendas a las que debe acudir para ascender en la jerarquía militar, etcétera.).

Redl había nacido en Lemberg, la capital oriental más importante de la monarquía. Era, por lo tanto, galiziano. De acuerdo a la versión de Szabo, también era ruteno. El ruteno era una lengua hablada por abundantes comunidades eslavas en el noreste del antiguo imperio austrohúngaro. Ruteno significaba, en realidad, "ruaito"; vale decir, era una variante dialectal del ruso que se funde (y confunde) con el ucraniano. Los rutenos se dividían en dos grandes grupos: quienes se llamaban a sí mismos "Russnaké", que poblaban las planicies y constituían la mayoría; y los Huzulenos, habitantes de las montañas. Vivían tanto en el costado oriental del reino de Galizia y Lodomeria como en el ducado de Bucovina, donde, para 1910, constituían respectivamente el 40.2 y el 38.8 % de la población. En la capital de ésta última, la maravillosa ciudad de Czernowitz, incluso se estableció, dentro de la universidad Franz Joseph, un proyecto de investigación sobre la lengua y la literatura rutenas. Periféricas, rurales, subdesarrolladas hasta los años 1890, Galizia y Bucovina conocieron en el primer decenio del siglo XX un auge espectacular gracias al crecimiento

agropecuario, comercial y sobre todo petrolero, al grado que, durante el cambio de siglo, las fuentes de oro negro galiziano llegaron a ocupar el cuarto lugar –detrás de los Estados Unidos, Rusia y las Indias holandesas– en el mercado productor mundial. No es extraño que, para 1910, sólo Galicia contara con 8,022,126 habitantes, un poco más en número que los pobladores de la actual Austria.²⁴

Pero Galicia también tenía otros atributos, derivados en particular de su posición geográfica. Al colindar con la gran Rusia y con Polonia, tenía las funciones de última frontera germánica frente al mundo eslavo, a la vez que se ofrecía como un enclave eslavo donde los inmigrantes del Oriente de Europa y la “Semi-Asia”, como llamaba el escritor galiziano de lengua alemana Karl-Emil Franzos a los confines imperiales, podían asimilarse poco a poco a la civilización occidental. Casi como resultado natural de esta doble función geopolítica, en Galicia y en menor medida en Bucovina se cumplían tareas de seguridad militar de Estado. En localidades galizianas como la ciudad amurallada de Drohobycz, en la cual se hablaban fluidamente las muchas lenguas de esa zona multinacional (ruso, polaco, jiddisch, alemán), donde además estaban los más grandes almacenes de municiones, las unidades de artillería y las fortalezas más poderosas de la monarquía, el tránsito de soplones, espías y agentes imperiales de la policía política, ya desde antes del estallido de la Primera Guerra, era cosa harto frecuente.²⁵ Concluir que el coronel Redl, ruteno,

²⁴ Cfr. Renate Basch-Ritter, *Österreich-Ungarn im Wort und Bild. Menschen und Länder*, Verlag Styria, Graz, 1989, pp. 150-151 y 161.

²⁵ Cfr. Martin Pollack, *Nach Galizien. Von Chossiden, Hasulen, Polen und Ruthenen. Eine imaginäre Reise durch die verschwundene Welt Ostgaliziens und der Bukowina*, Verlag Christian Brandstätter, 3ª Edición, Vienna, 1994, pp. 14-15.

había servido al enemigo ruso y condenarlo con toda celeridad a morir por propia mano era tan plausible como "políticamente correcto" para las autoridades del Estado Mayor monárquico.

El suicidio de Redl pactado en secreto por altos mandos militares, la decadencia institucional del ejército y la precaria estructura de seguridad nacional del imperio austrohúngaro fueron las tres situaciones críticas que la investigación de Kisch dio a conocer en toda Europa. Con ello ganó el reconocimiento y la credibilidad que ningún otro reportero tenía en los medios de lengua alemana. Precisamente para la historia del periodismo y la literatura germánicas ese también fue un capítulo crucial: el momento en que la investigación "objetiva" y la prosa de intención narrativa se dieron la mano por primera vez en condiciones de igualdad.

El reportero veloz

En su muy personal estilo, Kisch asumió la herencia de una larga dinastía de escritores de viajes, de autores de diarios, de narradores satíricos, de novelistas de folletón y de los etnógrafos. Él era, por supuesto, un periodista, curtido en su oficio en la búsqueda cotidiana de la nota, del reportaje. Sin embargo, la enorme diferencia entre sus escritos y los de sus contemporáneos reside en que prácticamente cada uno de sus artículos, crónicas y reportajes fueron acometidos con una intención estética, fueron realizados, como ya se ha dicho, en clave literaria.

Esto no deja de ser curioso para alguien a quien se identifica plenamente con la *Neue Sachlichkeit*, la "nueva objetividad", una tendencia que podríamos equiparar con el periodismo y la literatura testimonial, producto de la observación y descripción neutral de los hechos. Tanto la nota sobre los molinos de Schittkau como la crónica del caso Redl ejemplifican, sin embar-

go, otra cosa muy distinta: Kisch no se aproximaba a sus asuntos como un escrutador indiferente sino que desarrollaba frente a ellos la actitud de un "observador participante", tal y como lo prescribe la etnología. Él era capaz, como alguna vez escribió, de ir en tranvía y averiguar a toda costa qué libro estaba leyendo el pasajero vecino; perseguía durante varias calles a una pareja con tal de enterarse la lengua en la que hablaban; leía y tomaba nota de las placas y rótulos que encontraba en las casas a las que acudía de visita; se adentraba en los cementerios con tal de rastrear a fondo la existencia de simples apellidos.²⁶ La curiosidad de Kisch combinaba la intuición nerviosa del detective con la sistematicidad del investigador de campo. Muchos de sus escritos aún se leen hoy como referencias que no han perdido validez.

En este aspecto Kisch también se diferencia de otros colegas de la época. Además de que sus reportajes poseen aliento literario, incluso considerándolos producto del trabajo periódico del columnista sus textos fueron compuestos sobre la base de la exhaustividad. Sólo en contadas ocasiones puede decirse que no haya estado familiarizado a fondo con los sucesos de los que rendía cuentas. Cuando esto no era así —lo hemos visto ya en páginas anteriores—, el reportero bohemio no dudaba en ficcionalizar y construir el acontecimiento, deslizaba en sus minuciosas indagaciones elementos que provenían de su propia invención. En esos casos, Kisch lo hacía más por cubrir sus fuentes y dotar de agilidad y gracia a sus reportajes que por alterar la verosimilitud de los hechos reales, pues éstos, las más de las veces, son más increíbles que cualquier novelización.

En el entorno germánico, las fuentes literarias de Kisch se remontan a autores que, con una excepción, poco o nada le dicen

²⁶ Cfr. el prólogo anónimo a *Merkmale der Sensationen*, edición citada, p. 5.